

asi que á pesar de reiterados anuncios y de indicios muy marcados, se habia obstinado en creer que lord Wellington marcharia sobre Andalucía y no sobre Castilla la Vieja, y rehusado todo socorro al ejército de Portugal, de quien habia recibido tantos servicios, y no solo rehusado socorrerle, sino desobedecido á José, que era su gefe militar, y desobedecido sin la excusa que en rarísimos casos puede justificar la desobediencia, la de tener razon contra un gefe que se engaña! Embarazoso era explicar tales actos á los ojos de José y de los dos mariscales, que lo habian visto y sabian todo. Sin embargo, habia un tribunal mas temible que el que el mariscal Soult iba á hallar en Valencia, y era el tribunal de Napoleon que, si guardó silencio sobre el asunto de Oporto, podia muy bien no guardarlo sobre los sucesos recién consumados en Castilla. ¿De qué modo juzgaria todo lo acontecido, con especialidad si se llegaba á perder España, como era probable, de resultas de la gran refriega de Salamanca? Una singular excusa habia discurrido el mariscal para explicar su desobediencia. Supuso que José no le expidió las órdenes, á cuya ejecucion se habia negado, mas que por virtud de una connivencia secreta con Bernadotte, de quien era pariente, con los ingleses y los rusos, de quienes figuraba como cómplice, de suerte que se habia hecho no menos que traidor á Francia y á su hermano. Para admitir suposicion semejante, se fundaba el mariscal Soult en que, al decir de los periódicos ingleses, Bernadotte habia tomado muchos centenares de españoles á su servicio; en que el embajador de José habia permanecido en Suiza, en que Moreau habia llegado de América á Sue-

cia, etc..... Agregando á todos estos hechos el parentesco de José, que era cuñado de Bernadotte, se creia autorizado para suponer que José habia entrado en una conspiracion contra Francia, que el primer acto de esta conspiracion era el abandono de España, y que el primer paso en esta via criminal era la orden de evacuar á Andalucía. Una vez posesionada del espíritu desconfiado del mariscal esta concepcion extravagante, le pareció deber suyo comunicarla al emperador, y consignóla en un despacho dirigido al ministro de la Guerra, que, para mayor seguridad, entregó al capitán de un buque mercante, encargándole que lo llevara á uno de los puertos franceses del Mediterráneo.

Expedido al emperador este despacho, respondió el mariscal Soult al rey José, y persistiendo en sostener ante el monarca que, en vez de concentrarse hácia las provincias del Norte, valiera mas que se metiesen todos en las del Mediodia, y atrajesen allí la guerra, y rehicieran de este modo la fortuna de la nueva dinastia, añadia no obstante, que deferentísimo á las órdenes reales, iba á juntar sus tropas desparramadas y á dirigirse por Murcia al reino de Valencia. Efectivamente, despues de destruir ó de arrojar al mar el inmenso material tan laboriosamente reunido en las líneas de Cádiz, despues de formar un gran convoy de municiones, de víveres y de bagages, llevando consigo cuantos enfermos y heridos podian ser trasladados, fiando los otros á la humanidad de los habitantes de Sevilla, empezó el mariscal su retirada el 25 de agosto y tomó el camino de Murcia. Naturalmente la porcion de sus tropas que estaba en Granada debia ser recogida al paso; la que, á las órdenes del

conde de Erlon, ocupaba inútilmente á Extremadura, hubo de bajar á las márgenes del Guadalquivir, de remontarlo por Córdoba hasta Baeza, y de incorporarse en Huescar á la principal columna. Aunque á esta evacuacion acompañasen menos miserias que á la de Madrid, por causa de la estacion, del pais, de la muchedumbre de hombres y de efectos que arrastraba el ejército detrás de su huella, tambien fué triste y señalada por muchos padecimientos. Finalmente, á últimos de setiembre las avanzadas del mariscal Soult descubrieron á las del mariscal Suchet en las inmediaciones de Almansa, y experimentaron al verlas un verdadero gozo, pues, considerándose los franceses como destinados á perecer hasta el postrero en aquellos climas lejanos y terribles, no se encontraban ni aun los mas habituados á los padecimientos, sin estrecharse en los brazos y dar muestras de la emocion mas viva.

Durante este mes de setiembre recogió vagamente José el rumor de la llegada próxima del mariscal Soult, y aguardaba con impaciencia el pormenor de su marcha y la exposicion de sus proyectos. De repente supo que el capitán de un buque mercante, portador de pliegos franceses, acababa de tocar en el Grao de Valencia, y pedía que se le descargase del depósito recibido, á causa de perseguirle con ardor los ingleses. José apresuróse á tomar aquellos despachos y á abrirlos, para saber lo que revelaban sobre Andalucía, y sorprendióse lo indecible al leerlos y al verse denunciado por el mariscal Soult como traidor á su familia y á su patria. Ocioso fuera explicar el sentimiento que experimentó de resultas, pues se ha-

lla al alcance de todos. Por su resistencia, por su orgullo de mayor en edad, y sobre todo, por la libertad de lenguaje permitida á la corte de Madrid, habia desagradado á su hermano hasta el punto de ser condenado siempre, aun cuando la razon estuviera de su parte. Sin embargo, su adhesion á él no daba lugar á dudas, y abrigaba el convencimiento de que de todos modos á Napoleon debian sus hermanos la fortuna, y de que, si la pagaban á caro precio, la verdad era que no podian salvarla, sino ayudándole á salvar la suya propia. De manera que si la traicion debia tener cabida en algun individuo de la familia de Bonaparte, no era por cierto en el que se ceñia la corona de España. No disimuló éste su indignacion profunda, y sin demora hizo partir al coronel Desprez á Moscou, para que entregase á Napoleon aquel tejido de invenciones extrañas, y le pidiese que le desembarazara y le vengara al mismo tiempo del gefe del ejército de Andalucía. Ardua tenia que ser de consiguién- te la próxima entrevista con el mariscal Soult y hasta borrascosa.

Impaciente José de verle y sobre todo de tener bajo su mano al ejército de Andalucía, fué á su encuentro, y citóle para Fuente la Higuera en la frontera de Murcia. A los mariscales Jourdan y Suchet llevaba consigo. No obstante, accediendo á los deseos de éstos, que temian asistir á una penosa escena, determinóse á recibir al mariscal Soult á solas, y le sorprendió desagradablemente al demostrarle que habia leído los despachos dirigidos al emperador. Cuando menos este descubrimiento ofrecia una ventaja, la de que el mariscal, de quien José tenia motivos para quejarse, aspirara á redi-

mir sus errores con mas obediencia. A la sazón era lo único que deseaba alcanzar el monarca, y después de una explicación viva, trató de acordar en una conferencia con los tres mariscales un plan de campaña atinado, para hacer expiar á los ingleses su triunfo reciente con la reunión de todas las fuerzas francesas. Aunque, ya evacuada Andalucía, pareciese rota la cadena que tuvo avasallado al mariscal Soult á un objeto exclusivo, y debiese por tanto mostrar libre su juicio, no hubo posibilidad de hacerle emitir su dictámen inteligible y adaptado á la situación presente. Por embarazo, ó por enojo, rehusaba explicarse á las claras sobre el plan que debía seguirse, y solo daba á entender que, lejos de incorporar su ejército á los otros, se debieran incorporar los otros al suyo, para dirigirlle adonde fuera de su agrado. Por su parte el mariscal Suchet parecia dominado por el deseo de conservar á Valencia. A impulsos de su buen seso y exento de miras particulares, se atenia Jourdan á un término medio. Queriendo salir José de este caos y que emitiera su opinión cada uno, dirigióse primero al mariscal Soult para saber lo que pensaba en definitiva. Este se limitó á pedirle órdenes por toda respuesta, manifestando que no se podia determinar á emitir su dictámen mas que por escrito. Adoptado este método, al día siguiente presentó al rey cada uno de los mariscales una memoria sobre la manera de reparar el desastre de Salamanca.

El mariscal Soult proponia reunir al ejército de Andalucía todo el del centro y parte del de Aragón, y marchar con esta masa de fuerzas sobre el Tajo y Madrid por la Mancha. En su memoria

alegaba el mariscal Suchet contra este plan muy fuertes objeciones. No disponiendo mas que de trece ó catorce mil hombres de tropas activas, con los cuales debía hacer cara al ejército de Murcia, que estaba en Alicante, y al de los anglo-sicilianos que amenazaba desembarcar en Tarragona, le era imposible destinar menos de seis mil soldados á la custodia de Valencia y de los puestos principales de San Felipe de Játiva y de Sagunto. De consiguiendo para unirlos al ejército común no le quedaban mas que ocho mil hombres, y todo inducia á creer, que partidos estos, no se podria conservar el reino de Valencia. Así por tan débil refuerzo se arriesgaban la pérdida de aquel territorio, sus abundantes recursos, la ventaja de mantener alejados de Cataluña y de Aragón á los ejércitos de Murcia y de Sicilia, y finalmente, las únicas comunicaciones del todo seguras con Francia. Si á mas de esto, junto el ejército y en marcha sobre el Tajo, hallaba á lord Wellington detrás de este rio con todas sus fuerzas, si no era feliz en una nueva batalla, se hallaria en un verdadero callejon sin salida, cerrado el Tajo á su frente, cerrado el reino de Valencia á su espalda, situación horrorosa y casi irremediable. Sin duda entre los caminos de Madrid y Valencia habia uno intermedio, desembocando en los Pirineos de igual modo, el que por Guadalajara iba á Calatayud y Zaragoza; pero para tomarlo, se necesitaba forzar el Tajo casi á la altura de Madrid. Si no se llegaba á este punto, para volver á ganar á Aragón, no habia mas que caminos espantosos, impracticables para la artillería, llenos de bandas invencibles en sus desfiladeros, y no quedaba otro recurso que tornar á

descender á Valencia. Por tanto, ante todo era menester no exponerse á perder esta capital, y el mariscal Suchet no estaba seguro de mantenerse alli ni aun con la totalidad de sus tropas, pues se desconocia la fuerza del ejército anglo-siciliano, y se debia suponer muy numeroso, segun los rumores esparcidos por la comarca. Asi guardar catorce mil hombres contra este ejército y el de Cataluña no era una pretension muy exagerada, sobre todo si habia que llevarlos sucesivamente de San Felipe de Játiva á Tarragona, á una distancia de cien leguas. De esta suerte el mariscal Suchet presentaba un plan concebido del todo bajo el pensamiento de conservar á Valencia. Esta, segun su dicho, era una capital, fuente de pingües rentas, orilla del Mediterráneo, y por último, respaldo de los Pirineos. Guardando esta parte de la Peninsula, se tenia seguridad de conservar las comunicaciones, se continuaba en posesion de las provincias á que Napoleon mostraba mas apego, y siempre se podia partir á recuperar las otras. De consiguiente proponia llevar juntos los ejércitos de Andalucía y del centro á la provincia de Guadalajara, forzar alli el Tajo, logrado esto, separarse uno de otro, conducir el del centro á Cuenca, desde donde podria en todo tiempo alargar la mano al ejército de Aragon sobre la frontera del reino de Valencia, y establecer el de Andalucía en la provincia de Guadalajara, teniendo en Calatayud su base, en Madrid su cabeza, y su derecha en comunicacion constante con el ejército de Portugal por la provincia de Soria. Asi, apoyados unos en otros los cuatro ejércitos principales de Aragon, del centro, de Andalucía y de Portugal, enlazados

á los Pirineos, pudiendo hallarse dos juntos en menos dias que emplearan los contrarios en marchar sobre uno de ellos, conservando seguramente á Valencia, Tortosa, Tarragona, Barcelona, Lérida, Zaragoza, Burgos y Valladolid, provincias que bien administradas, les proporcionarían vivir con holgura, en su posicion no serian forzados nunca, ni privados de sus comunicaciones con Francia.

Excelente este plan para lo futuro, no dispensaba por de pronto de una operacion comun á todos los proyectos, la de encaminarse á Madrid y forzar alli la linea del Tajo. ¿Cómo se habia de proceder á esta operacion delicada, á la cual lord Wellington podia oponer obstáculos de monta, si maniobraba como tiempos antes el general Bonaparte en Italia? A superar esta dificultad habia que dedicarse, y el mariscal Jourdan procurólo en efecto. La exposicion de su dictámen, raro modelo de exactitud de miras y de puntualidad de aserciones y de alta prudencia, satisfacía á todo, y mereciera que el que aconsejaba con tanto tino pudiera tambien ejecutar personalmente sus propias concepciones, ó ser comprendido, respetado y obedecido por los encargados de ejecutarlas.

En su concepto, se necesitaba ante todo remontarse á Madrid por el alto Tajo, para ir á alargar la mano al ejército de Portugal, y con este, el del centro y el de Andalucía reunidos marchar sobre los ingleses, á la cabeza de ochenta ó noventa mil hombres y de ciento cincuenta bocas de fuego. Sin duda, de correrse verdaderamente el peligro de encontrar á lord Wellington establecido junto al Tajo con todas sus fuerzas, se inclinaba el mariscal Jourdan á que lejos de exponerse á tal peli-

gro, antes de estar el ejército de Portugal incorporado, se prefiriera pasar por Valencia, Teruel y Calatayud, esto es, remontarse á Aragon, mediante un gran rodeo á la espalda, ó ir luego de Calatayud á Aranda, donde sin aventurarse á riesgo alguno, se hallaria al ejército de Portugal incorporado, y se estaria en aptitud de oponer ochenta ó noventa mil hombres á los ingleses, quedando intacto el ejército de Valencia. Pero este camino era largo, y aunque bien abastecido, revelaria por nuestra parte una timidez extremada, cosa que ofrecia inconvenientes. Asi el mariscal Jourdan no proponia tomarlo, considerando que la eventualidad de encontrar á lord Wellington concentrado sobre el alto Tajo, no era bastante inminente para resignarse á tamaño rodeo. Lo probable á sus ojos era que se hallara al general británico guardando á Madrid con dos ó tres divisiones, y batallando con las restantes contra el general Clausel en Castilla. De consiguiente se forzaria sin dificultad suma la línea del Tajo, que no ofrecia obstáculo formal por aquel punto, se daria al ejército de Portugal la mano, cuidando mucho de anunciarle este movimiento, y se volveria á entrar en Madrid con una superioridad de fuerzas decisiva. Pero como era posible engañarse, y que el Tajo se hallara mejor guardado de lo que se suponía, se necesitaba poder retornar á Valencia, para volver á encontrar allí el asilo, donde se acababan de reponer de sus padecimientos y el nudo de todas las comunicaciones con Francia. Para esto importaba no quitar al mariscal Suchet ni un batallon solo. De modo que la opinion del mariscal Jourdan propendia á no debilitarle, y á limitarse á reunir los dos ejércitos

del centro y del Mediodia, con lo que se formaria próximamente una masa de cincuenta y seis mil hombres y de cien bocas de fuego bien municionadas, y habria bastante para forzar el Tajo. Descontando sus soldados enfermos y aspeados, y sus veteranos, que se debian quedar en Valencia, pretendia el mariscal Soult no tener mas de treinta y siete á treinta y ocho mil hombres, seis mil de ellos de caballería muy excelente. Mas tenia á pesar de todo. Despues de las pérdidas de la evacuacion y de recuperar del ejército del centro algunos destacamentos que eran suyos, podia juntar de cuarenta y cinco á cuarenta y seis mil hombres de superior calidad y de todas armas (1). Algo reorgani-

(1) En Almansa el mariscal Soult, aun despues de haber tomado del débil ejército del centro los dos mil hombres, que reclamaba ya hacia mucho, no se atribuía mas de treinta y tres mil infantes y seis mil ginetes, sumando treinta y nueve mil entre todos, y treinta y siete mil antes de incorporarse los destacamentos tomados al monarca. Por no cuestionar sobre guarismos, teniendo que discutir sobre el plan de campaña, daba el mariscal Jourdan al mariscal Soult en su Memoria de treinta y nueve á cuarenta mil hombres, y partia de esta base para raciocinar sobre las operaciones que debian ejecutarse. Pero, estudiando los documentos, muy luego se reconoce que este guarismo no era exacto, ni podia serlo. En abril de 1812, la fuerza del mariscal Soult ascendia á cincuenta y seis ó cincuenta y siete mil hombres, descontados los no combatientes, y no hablo á tenor de las aseveraciones del ministro de la Guerra, que siempre supone guarismos superiores á los consignados por los generales, pues tendencia es del que paga aumentar el número de los soldados, y tendencia de disminuirlo es la del que ha de hacer uso de ellos: hablo á tenor del guarismo suministrado por el gefe de estado mayor del ejército de Andalucia en 1.º de abril de 1812, despues de la pérdida de Bada-

zado el ejército del centro, bien contaría diez ú once mil hombres, también de calidad excelente. En dos columnas propuso el mariscal Jourdan que marcharan estos cincuenta y seis mil soldados, una formada del ejército de Andalucía por el camino de la Mancha, que pasaba por Chinchilla, San Clemente, Ocaña y Aranjuez, otra formada del ejército del centro por el camino de Cuenca, que pasaba por Requena, la ciudad citada y Fuentidueña, pudiéndose ambos alargar la mano en su movimiento, y debiendo desembocar sobre el Tajo hácia el punto donde se quisiera cruzarlo. Juzgando hartó débil la columna de la derecha, proponía Jourdan

joz y de la fuerza que guarnecía esta plaza. Ninguna acción formal hubo en Andalucía desde abril hasta agosto de 1812, y equivaldría á acusar demasiado la administración del mariscal Soult el admitir que hubiera perdido veinte y un mil hombres sin hacer nada, pues de cincuenta y ocho mil que se contaban entonces, suponía no tener más que treinta y siete mil ahora. Evidentemente no puede ser exacto el guarismo de treinta y siete mil hombres en Almansa. No es dudoso que el mariscal Soult hubo de experimentar pérdidas en el camino; pero, aun concediendo que estas subiesen á cinco ó seis mil hombres, lo cual revelaría extraño desórden en la marcha, aun quedara por explicar la pérdida de quince mil soldados. Aunque al tiempo de la evacuación se dejaran enfermos y heridos en los hospitales, poco probable era que el número de los dejados atrás por esta causa fuese grande, pero recaía sobre los no combatientes, ya descontados en el cálculo de que se trata. Así el mariscal Soult contaba en Almansa más de treinta y siete mil hombres, y lo indica el simple buen sentido. Mas leyendo ciertos documentos, no contenidos en las Memorias del rey José, muy luego se viene al cabo de la verdad. En la memoria, presentada por el mariscal Suchet al tiempo de presentarle los mariscales Jourdan y Soult las suyas, discute sobre la fuerza

agregarla seis ó siete mil hombres del ejército de Andalucía, lo cual debía elevar á diez y seis ó diez y siete mil hombres la una, y de reducir á treinta y nueve ó cuarenta mil la otra: además, proponía dar al ejército del centro un buen caudillo, el conde de Erlon, subordinar los dos generales en gefe al rey, que alternativamente marcharía con una ú otra columna, y encaminarse inmediatamente al deseadisimo objeto del alto Tajo. En este plan en-

de cada uno de los cuerpos segun los estados suministrados, y pidiéndosele provisiones, debía conocer mejor aquella fuerza que el mariscal Jourdan, quien bajo palabra admitía los guarismos citados en el debate. Ahora bien, en esta Memoria se descubre que, contando los dos mil hombres tomados al ejército del centro, tenía el mariscal Soult cuarenta y cinco mil hombres disponibles en Almansa, de donde resulta que fueron cuarenta y tres mil los que trajo de Andalucía, y este es el guarismo más verosímil. Y aun para admitirlo, no explicándose la falta de catorce mil hombres segun los estados de abril, conviene saber que en el ejército de Andalucía había una infinidad de soldados de ingenieros y de gruesa artillería, de los empleados en el sitio de Cádiz, que no podían servir en línea, y se dejaron en Valencia con los enfermos y los heridos: también se debe saber que había veteranos poco aptos para una larga marcha. Pero, aun con este descuento, es difícil hallar los catorce mil hombres que se echan de menos, y hay que suponer la pérdida de mucha gente, aun sin persecución alguna durante la evacuación y bajo la influencia de los calores. Así cuarenta y cinco ó cuarenta y seis mil hombres son los menos que se pueden suponer al ejército de Andalucía. Añadiremos que las fuerzas reunidas en Madrid algo más tarde, y en el segundo encuentro delante de Salamanca, hacen del todo verosímil la exactitud de este guarismo. Por eso lo hemos admitido, tras de muchas comparaciones, como todos los que adoptamos en nuestro relato.

traba que el mariscal Suchet sacase de sus provisiones, segun ya lo habia hecho, cuanto necesitasen las tropas que se iban á poner en marcha, y que guardara en Valencia cuanto les servia de embarazo, esto es, sus heridos, sus hombres cansados ó enfermos, servicio que estaba pronto á prestarles con el mayor anhelo.

Tan juiciosas y tan adecuadas á la situacion eran estas miras que José las adoptó sin demora, tanto por su fundamento como por habitual confianza en los dictámenes del mariscal Jourdan, ordenó al mariscal Soult que se aprestara á marchar desde Almansa, donde tenia su campo, sobre Chinchilla, San Clemente y Aranjuez, mientras el ejército del centro, saliendo de la Huerta de Valencia por el desfiladero de las Cabrillas, fuera á caer sobre el Tajo por Fuentidueña, bastante cerca de Aranjuez para apoyarse en el ejército de Andalucía. Además prescribió á Soult que cediera al ejército del centro el general de Erlon con seis mil hombres, é hizo que se le anunciara que el mariscal Suchet pondria á su disposición las raciones que necesitara de arroz, galleta y aguardiente.

Estas determinaciones desagradaron al mariscal Soult sobremanera, pues así volvia á entrar bajo las órdenes directas de su monarca, y perdía una porcion de sus fuerzas. De resultas suscitó nuevas objeciones, diciendo que José no tenia derecho para quitarle tropas que debia á la confianza del emperador. Pero, tomando al fin José el tono de soberano, y significándole que obedeciera ó resignara inmediatamente en manos del conde de Erlon su mando, sometiöse, y despues de pedir seis dias al propio, se tomó doce para emprender la mar-

cha, lo cual se explica por la necesidad de juntar su hueste toda, y separar la gente que debia quedar en Valencia y la que debia marchar al enemigo.

De consiguiente se pusieron en marcha del 18 al 20 de octubre, bien provistos de municiones de boca y guerra, en dos columnas que se elevaban á cincuenta y seis mil hombres, y dejóse al mariscal Suchet todo lo embarazoso de las dos evacuaciones de Madrid y Sevilla, cuanto no podia servir activamente. No se pasaba ningun cuidado por dejar aquellos preciosos restos en Valencia, pues se sabia que allí quedaban en seguridad plena y al abrigo del hambre. El mariscal Suchet conservó todo su ejército á fin de poderse comunicar siempre con las tropas del monarca por el camino mas corto, el de Cuenca, é hizo trabajar en el trozo comprendido entre Buñoz y Requena. Por allí pasó el ejército del centro con su artillería.

De este modo avanzaron las dos columnas sobre el Tajo á la altura una de otra, sin tropezar con ningun obstáculo grave. A las órdenes del conde de Erlon tuvo que habérselas la del centro con las bandas de Villacampa, del Empeinado, de Duran, acudidas á Madrid y obstruyendo toda la region del alto Tajo, esto es, las dos provincias de Guadalajara y de Cuenca. Mas fueron dispersadas con poco trabajo, gracias á haberse elevado con prudencia el ejército del centro á muy cerca de diez y seis mil hombres. Ninguna dificultad tuvo que superar el ejército de Andalucía, habiéndole abierto el fuerte de Chinchilla sus puertas. Entre Fuentidueña y Aranjuez llegaron á las márgenes del Tajo del 27 al 28 de octubre, y con

la posibilidad de reunirse en masa sobre cualquiera de los dos puntos.

Lo importante de averiguar era si se iba á encontrar á lord Wellington delante de Madrid, resuelto á defender su conquista, lo cual era posible, pues su entrada en la capital española habia producido una viva sensacion en Europa, y nada mas natural que no quisiera salir de ella. Esta cuestion merecia ocupar al rey José y al mariscal Jourdan, su mayor general, y ocuparlos mucho; pero afortunadamente cuánto se iba sabiendo era tranquilizador del todo. Cuantos rumores fueron percibidos inducian á creer que se tenia delante al general Hill con dos ó tres divisiones. Con efecto, véase lo que habia pasado entre los ingleses y el ejército de Portugal desde la retirada de José á Valencia y su reunion con el ejército de Andalucía.

Lord Wellington habia entrado en Madrid el 12 de agosto, acompañándole todos los gefes españoles, como celosos de tomar parte en su triunfo. Cuando se reflexiona sobre la situacion en que se habian encontrado, no teniendo ya en el continente mas que á Cartagena, Cádiz y Lisboa, y reducidos á hacer allí hincapie con todas sus fuerzas para no ser lanzados al mar, se comprende un gozo que la sorpresa debia hacer rayar hasta en el delirio. La fatal empresa de Rusia, los descuides de Napoleon respecto de la guerra de España, la falta de autoridad de José, las funestas divisiones de nuestros generales, proporcionaron á los españoles y sobre todo al caudillo inglés estos triunfos completamente inesperados. Envanecidísimo lord Wellington de resultas de su victoria, sintióse muy luego embarazado por sus auxiliares, por su con-

ducta indiscreta y bárbara, y á estas faltas añadió personalmente la ostentacion con que de su autoridad hizo uso. Ante todo se debió poner el esmero en tranquilizar á los habitantes de Madrid, muchos de los cuales se habian acostumbrado ó casi sometido á la dominacion de José, en respetar los hechos consumados, en olvidar ciertas cosas, en tolerar y hasta sancionar algunas. Hasta cierto punto vinieron á ser dueños de Madrid don Carlos de España y el Empecinado, y empezaron por hacer que se prestara juramento á la constitucion de Cádiz, que acababa de ser promulgada. Nada mas natural sin duda, aunque esta constitucion, llena á la vez de principios generosos y de disposiciones quiméricas, hiriese á una parte considerable de la nacion española, poco preparada á las nuevas instituciones. Pero sustancialmente, á la autoridad del gobierno *insurreccional* de Cádiz, y no á la constitucion, entendian ligar don Carlos de España y el Empecinado á los españoles. Hecho esto, habia que explicarse relativamente á los afrancesados, entre los cuales se contaban altos personajes, muchos empleados, y algunos miles de soldados excelentes. Mientras don Miguel Ricardo de Alava oficial del ejército español, á quien lord Wellington empleaba á menudo y que era de corazon muy noble (1), pronunciaba en la casa de ayuntamiento de Madrid un discurso tan humano como hábil, don Carlos de España y el Empecinado usaban un lenguaje insensato, de índole propia

(1) El mismo que hemos conocido como embajador en Paris despues de la muerte de Fernando VII y durante la regencia de la reina Cristina.

á no atraerse á nadie, sino por el contrario á herir á todas las personas de juicio. José había hecho acuñar muy hermosas monedas con su busto, mas hermosas que las españolas y tan puras, pues eran del todo semejantes en la forma y la ley á las francesas. En vez de proceder segun todos los gobiernos, pues hasta los menos moderados se transmiten las monedas unos á otros, sin ofuscarse por las imágenes que tienen grabadas, se desacuñaban las que tenían la efigie de José ó se las hacia perder en el cambio. Despues, en lugar de dedicarse en llevar á Madrid comestibles para poner término á la carestía, se perdía el tiempo en tomarse satisfacciones de partido no menos dementes que peligrosas. Asi la miseria era extremada como en los dias en que las bandas interceptaban la llegada de comestibles. Por último, lord Wellington agregaba los defectos del orgullo británico á estas extravagancias, que deben parecer muy naturales, si se consideran el carácter y la educacion de los vencedores. Se habia alojado el caudillo inglés en el palacio de los reyes, lo cual ofendió la altivez de la nacion española, y al tomar el Retiro, que el coronel Laffond hubo de rendir por carecer de agua potable, destruyó un establecimiento muy estimado por los españoles, el de la *casa de la China*, equivalente á la fábrica de Sevres en Francia, y á la de Meissen en Sajonia. ¡Verdaderamente habia de que dolerse al malgastar veinte dias en futilidades ó en faltas!

Mientras lord Wellington se conducia de este modo, el general Clausel juntó de nuevo, rehizo y reanimó al ejército de Portugal, y aunque reducido á veinte y cinco mil hombres, llevó atrevida-

mente sobre el Duero, delante del ejército de los ingleses, cuya masa principal se hallaba apostada á las márgenes de este rio. Donde quiera arrolló á las avanzadas enemigas, y tomóse espacio para enviar al general Foy con una division á recoger las guarniciones de Astorga, de Benavente, de Zamora, de Toro, diseminadas inútilmente sobre una línea que ya no era capaz de defensa. Demasiado tarde habia llegado el general Foy para salvar á la guarnicion de Astorga, obligada á rendirse el dia antes al ejército español de Galicia, pero salvó á los enfermos, á los heridos, y recogió los otros pequeños puestos del Duero y del Esla, uniéndose al general Clausel de seguida.

Al verse lord Wellington retado de este modo, no tuvo otro arbitrio que dejar á Madrid é ir en busca del jóven adversario, que tan arrogantemente se le ponía cara á cara con las reliquias de un ejército recién batido. Despues de establecer al general Hill en la capital española, se volvió á Castilla la Vieja, y recogiendo al ejército de Galicia en la marcha, se encaminó á Burgos al frente de cincuenta mil hombres.

Forzado el general Clausel á retroceder de nuevo, dejó las márgenes del Duero, sucesivamente se replegó á Valladolid, Burgos, Bribeasca, y se detuvo al fin junto al Ebro. Antes de perseguirle á mas distancia, lord Wellington entró en Burgos, y quiso tomar el castillo que dominaba á la ciudad y hacia su posesion casi nula. A fines de setiembre emprendió el asedio, poco mas ó menos por la época en que se aprestaba José á marchar sobre la capital de España.

El castillo de Burgos era un viejo edificio, que

se remontaba á la época de los moros, y coronaba una altura, á cuya falda tiene asiento la ciudad. En torno de este antiguo recinto de murallas góticas, se habian elevado dos lineas de trincheras empalizadas, armándolas con fuerte artillería. Se habia añadido una obra á cuerno sobre una altura denominada de San Miguel y que dominaba la posicion del castillo. Con dos mil hombres ocupaba el general Dubreton esta fortaleza improvisada: provisto se hallaba de víveres y municiones, y muy resuelto á la defensa.

Desdeñando lord Wellington atacar en regla á tal plaza, y pensando que, despues de tomar á Ciudad Rodrigo y á Badajoz por asalto, no recularian sus soldados delante de las fortificaciones imperfectas del castillo de Burgos, hizo asaltar la obra á cuerno de San Miguel á viva fuerza. Sus tropas arremetieron en derechura á la obra la noche del 19 al 20 de setiembre, pero fueron detenidas al pié de la trinchera por el fuego de fusilería de un batallon del regimiento 34.º de línea. Habiéndose deslizado por desdicha á favor de la oscuridad una columna inglesa en rededor de la obra atacada, se aprovechó de no estar empalizada la gola del todo para meterse dentro. Entonces los soldados del regimiento 34.º pasaron por encima de la columna victoriosa, y se retiraron al fuerte. A los ingleses habian muerto ó herido mas de cuatrocientos hombres, sin perder ellos ciento cincuenta.

Dueños de la posicion de San Miguel los ingleses procuraron construir allí una batería para arruinar las defensas del castillo, y desde allí hicieron el punto de partida de sus avances. La

fuerte resistencia de la obra á cuerno les habia enseñado que aquella triste bagatela no podia ser arrebatada de pronto. Despues de establecer una batería en San Miguel comenzaron á disparar sobre el castillo; pero en breve fué dominada por nuestra artillería la suya débil de calibre, y se la redujo al silencio. Efectivamente, la dificultad de los trasportes no les permitió llevar consigo gruesos cañones bajo los muros de Burgos, y tenian algunas piezas de á diez y seis tan solo, que los guerrilleros de Alava y Vizcaya habian recibido de la escuadra inglesa, y que arrastraron trabajosamente hasta Burgos.

Reconociendo lord Wellington la casi imposibilidad de abrir brecha por medio de aquellos cañones, recurrió á un nuevo asalto durante la noche del 22 al 23 de setiembre. Habiendo aplicado sus columnas las escalas al primer recinto, fueron rechazadas y perdieron mucha gente sin fruto. Una de ellas, compuesta de portugueses, quedó destruida en parte por el fuego de la fusilería, aun antes de llegar al pié del recinto.

Nuevamente hubo que apelar á los aproches regulares, y que emplear, á falta de artillería, las minas. Hallándose ya prevenidos dos hornillos, se puso fuego al primero en la noche del 29 al 30 de setiembre, y tras la explosion lanzóse una columna al asalto, bien que fué repelida como las anteriores. Fuego se puso el 4 de octubre al segundo hornillo. De esta nueva explosion resultó abrirse una gran brecha, mientras la artillería ensanchaba la abierta el 29. Sobre ambas se arrojaron los asaltadores con furia y se apoderaron de ellas; pero la guarnicion se les vino encima, y arrolló á